

LETRAS DE MONTEROLS

MONS. JOSEMARIA ESCRIVA DE BALAGUER
una vida por la Iglesia

Cuando, en el Curso pasado, veníamos preparando una serie de LETRAS DE MONTEROLS —pretendíamos que la publicación adquiriera un carácter netamente cultural, de modo que interesara a un público amplio, y pudiera tener por tanto una mayor difusión— sucedió un hecho que, siendo de trascendencia universal, reviste para nosotros una importancia entrañable: el fallecimiento en Roma de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei y naturalmente, del Colegio Mayor Monterols. No podría entenderse este Colegio Mayor sin la impronta de su santidad, del espíritu que predicó, de su ardiente amor de Dios. Hemos preparado, por este motivo, un número especial dedicado al Fundador del Opus Dei, a quien tanto le debemos en esta casa. Estas páginas quieren ser testimonio —aunque inevitablemente pobre— de su imborrable figura.



UN HOMBRE DE DIOS

D. Alfonso Balcells Gorina, Catedrático de Patología General en la Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona y primer Director del Colegio Mayor Monterols, escribió a petición de La Vanguardia Española, con motivo del fallecimiento del Fundador del Opus Dei, el artículo que, publicado el día 27 de Junio de 1975, reproducimos a continuación.

No me siento con fuerzas, en estos momentos, de expresar públicamente mi íntima impresión ante la inesperada noticia, repentinamente sabida, como súbito ha sido el fallecimiento de monseñor Escrivá de Balaguer.

Comprenderán, por otra parte, los que me conocen, la repugnancia, el pudor, a exteriorizar un estado de ánimo, naturalmente dolorido y abrumado, provocado por tan entrañable motivo. Se apiñan ahora en mi memoria, atropelladamente, desde el primer día que le conocí -Teruel, 1938, en plena guerra- hasta la última vez, hace pocos meses, tantos recuerdos personales, que no puedo ordenar siquiera mis ideas con una mínima serenidad.

Prefiero evocar sólo, a vuela pluma, algunas de sus constantes lecciones que su ejemplaridad humana, aún más que sus palabras, prodigaban. Cuando al principio de los años cuarenta hubo en Barcelona incomprensiones y calumnias, nos enseñó el amor a la libertad y el respeto a la libertad de todos, y quiso que en el Colegio Mayor Monterols la inscripción «Veritas liberavit vos» presidiera su oratorio. Años antes de nuestra guerra, en la primera residencia de estudiantes, en Madrid, como luego en tantas otras, hizo poner en lugar visible el «Mandatum Novum»: «*amaos los unos a los otros...*» para que quedara bien grabado en la mente de todos que el espíritu de

aquella casa y del Opus Dei parte de una pedagogía de amor, por encima del temor y aún éste sólo filial, el de no desagradar a nuestro Padre Dios. «**Sembradores de paz y de alegría**» ha querido que sean siempre sus seguidores, y en su desbordante simpatía, en su estilo coloquial, directo, en su sonrisa habitual, inculcaba a todos nosotros que «**en lo humano os dejó el buen humor y el amor a la libertad**». Y junto a ello, la sinceridad y la lealtad, la tenacidad y perfección en el trabajo, la audacia y el aprecio de todos los valores humanos.

La fecundidad de su labor es inmensa, increíble: en más de 80 países se ha extendido su catequesis, en algunos de modo directo, y las actividades corporativas o personales de su Obra. Su fidelidad a la Iglesia y al Santo Padre, su empeño en la pureza doctrinal ante tanto confusionismo, son notorios y bien conocidos. Desde el año 28, en que fundó el Opus Dei, trazó los rasgos de una espiritualidad laical, basada en la santificación del trabajo y de la vida ordinaria, asequible a los simples fieles, pero hasta conseguir un «**alma sacerdotal**» conservando una «**mentalidad laical**».

Nos deja el Padre y nos costará acostumbrarnos a su ausencia. Es lógico que hoy estemos tristes, pero también esperanzados en la eficacia sobrenatural, religiosa de la siembra de cara al futuro. Agradecidos y felices de haberle tratado, escuchado, acompañado.

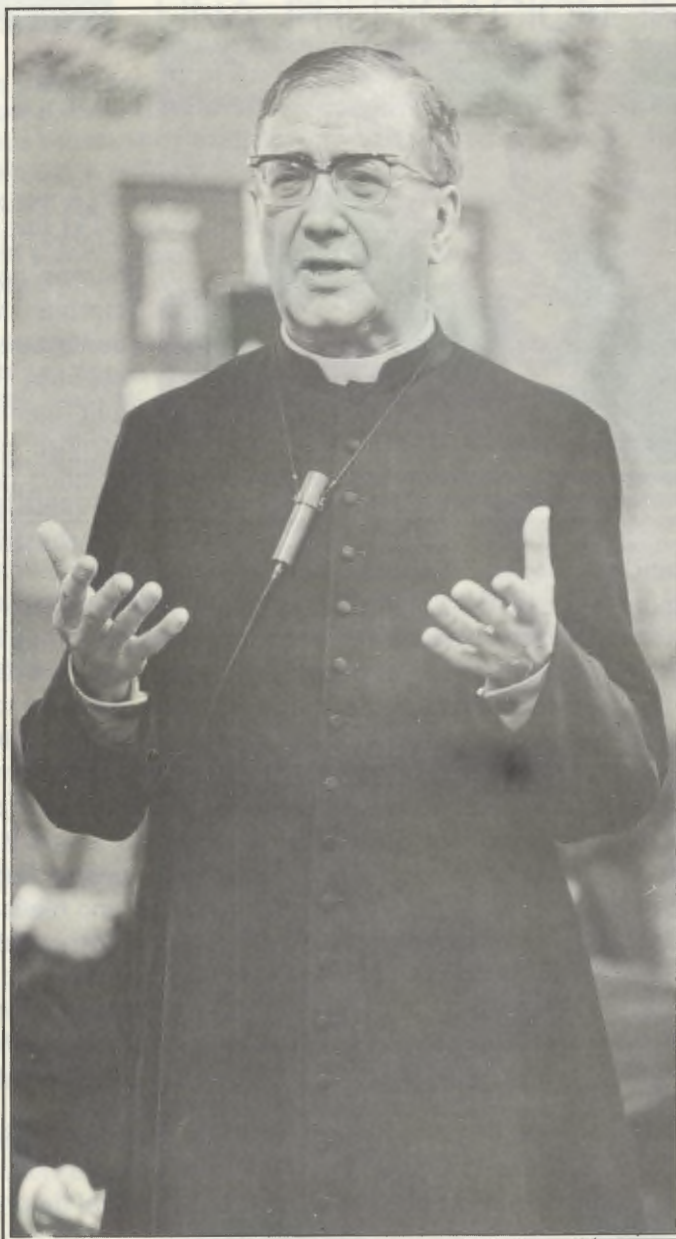
CINCUENTA AÑOS DE SACERDOCIO CRISTIANO

Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás nació en Barbastro (España) el 9 de Enero de 1902. Recibió la ordenación sacerdotal en Zaragoza el 28 de marzo de 1925.

El 2 de octubre de 1928, en Madrid, fundó el Opus Dei, que ha abierto a los fieles un nuevo camino de santificación en medio del mundo, a través del ejercicio del trabajo profesional ordinario y en el cumplimiento de los propios deberes personales, familiares y sociales, siendo así fermento de intensa vida cristiana en todos los ambientes. El 14 de febrero de 1930, Monseñor Escrivá de Balaguer fundaba la Sección de mujeres del Opus Dei, y

el 14 de febrero de 1943, dentro del Opus Dei, la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. El Opus Dei recibió la aprobación definitiva de la Santa Sede el 16 de junio de 1950.

Con oración y penitencia constantes, con ejercicio ejemplar de todas las virtudes, con amorosa dedicación e infatigable solicitud por todas las almas, y con una continua e incondicionada entrega a la Voluntad de Dios, el Padre -como le llamamos sus hijas y sus hijos, y otros muchos miles de personas de toda condición- ha impulsado y guiado la expansión del Opus Dei por todo el mundo, a lo largo de cuarenta y siete años; en la actuali-



dad está extendido en los cinco Continentes, con más de 60.000 socios de 80 nacionalidades.

La Santa Misa era la raíz y el centro de su vida interior. El hondo sentido de su filiación divina, mantenido en una continua presencia de Dios Uno y Trino, le movía a buscar en todo la más completa identificación con Jesucristo, a tener una tierna y fuerte devoción a la Virgen Santísima y a San José, a un trato habitual y confiado con los Santos Angeles Custodios, y a ser sembrador de paz y de alegría por todos los caminos de la tierra.

Mons. Escrivá de Balaguer había ofrecido su vida, repetidas veces,

por la Iglesia y por el Romano Pontífice. El Señor acogió ese ofrecimiento, y el Padre entregó santamente su alma a Dios, en Roma, el 26 de junio de 1975, en su habitación de trabajo, con la misma sencillez que caracterizó toda su existencia.

Su cuerpo reposa en la Cripta del Oratorio de Santa María de la Paz, en el vial Bruno Buozzi de Roma, continuamente acompañado por la oración y por el agradecimiento de sus hijas e hijos, y de incontables personas que se han acercado a Dios, atraídas por el ejemplo y enseñanzas del Fundador del Opus Dei.

“¿QUE HARA AHORA EL OPUS DEI?”

El pasado día 15 de septiembre, fiesta de la Virgen Nuestra Señora de los Dolores, fue elegido por unanimidad y en la primera votación, como Presidente General del Opus Dei, Mons. Alvaro del Portillo. Don Alvaro ha trabajado, durante muchos años, estrechamente unido a Mons. Escrivá de Balaguer. «No lo he escogido yo, lo ha puesto el Señor a mi lado», había comentado el Fundador del Opus Dei. Desde el 26 de Junio, día en que el Señor se llevó de la tierra a Mons. Escrivá de Balaguer, sigue Don Alvaro íntimamente unido al Padre, como lo estuvo siempre, con una unión de espíritus más fuerte que la proximidad física. Reproducimos unas palabras que pronunció después de ser elegido Presidente General.



Mons. Escrivá de Balaguer se sienta a dirigir a Don Alvaro del Portillo, diciéndole: «Alvaro, tú que me has ayudado tanto, ayúdame también a dar la bendición»

¿Qué hará ahora el Opus Dei? Seguir caminando: hacer lo que hemos hecho siempre, también desde que el Señor se llevó consigo a nuestro Fundador. Seguir caminando con el espíritu que él nos ha dejado definitivamente establecido, inequívoco.

El espíritu del Opus Dei nos ha enseñado a vivir todas las realidades humanas nobles, a tratar todas las cosas de la Tierra que los hombres aman limpia y rectamente, con sentido cristiano, de cara a Dios, ejercitando la fe, la esperanza y la caridad. Por eso, la familia, el trabajo profesional, los derechos y deberes propios de la vida social: en una palabra, todo lo que forma parte de la vida ordinaria, de la persona, puede ser santificado, y así en esa medida, es acogido por el espíritu del Opus Dei, que a nadie saca de su sitio y en nada violenta las realidades naturales y la autonomía personal de cada uno. Monseñor Escrivá de Balaguer, al darnos este espíritu, nos ha engendrado a esta nueva dimensión de nuestra vida, de servicio generoso, alegre y constante a la Iglesia, al Papa –El Vice-Cristo, como gustaba llamarle nuestro Fundador–, a los obispos y a todos los hombres. Nueva dimensión que cada uno realiza en su propia vida, con la gracia de Dios, y su propio esfuerzo, con su propia responsabilidad. Somos una familia de vínculos sobrenaturales, espirituales, en la que cada uno goza de la más amplia libertad personal en el amplísimo campo de las cosas temporales, sin otros límites que los de la fe y de la moral cristianas, tal como las propone el Magisterio de la Iglesia: por ejemplo, ahora, a la luz de las enseñanzas del Concilio Vaticano II.

En el Opus Dei no hay vértice ni base: todos somos igualmente hijos de nuestro Fundador, de quien nos ha enseñado a poner a Cristo en la propia vida, y que ha dado para siempre a nuestra Asociación el carácter sencillo y cordial de una familia bien avenida.

El trabajo que los socios del Opus Dei desarrollan en todos los ambientes familiares, profesionales, sociales, es la ocasión normal y propicia del encuentro amistoso con sus iguales, y por eso, para hablarles de Dios con el testimonio de la propia vida.

Nos llegan continuamente palabras de agradecimiento a nuestro Fundador, que, con su vida y su doctrina, ha llenado de luz cristiana el corazón de muchísimas personas, llevándolas al amor de Dios. Esto es lo que nos proponemos seguir haciendo los hijos de Monseñor Escrivá de Balaguer con la mayor fidelidad posible y siempre, en todo momento, en la pequeña realidad cotidiana de cada uno.

No buscamos en el Opus Dei momentos estelares. **Para mí –decía Monseñor Escrivá de Balaguer–, es un hito fundamental en la Obra cualquier momento, cualquier instante en el que, a través del Opus Dei, algún alma se acerca a Dios, haciéndose así más hermano de sus hermanos los hombres.**



CATEQUESIS DE MONSEÑOR ESCRIVA DE BALAGUER

UNA PREDICACION INCANSABLE

La predicación era una gran pasión en Mons. Escrivá de Balaguer, una labor apostólica diaria dirigida a tantas almas en todo el mundo, difundiendo incansablemente —como él repetía— *«un mensaje viejo como el Evangelio y como el Evangelio nuevo»*.

Una pequeñísima parte de esos cincuenta años de catequesis sacerdotal ha sido recogida por escrito y publicada antes de su fallecimiento. Existe, sin embargo, un abundante material inédito o en curso de publicación.

El Fundador del Opus Dei es autor de libros de espiritualidad difundidos por todo el mundo, como *Camino* o *Santo Rosario*, y de profundos estudios teológicos y jurídicos, como *La Abadesa de las Huelgas*. En *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer* se contienen algunas entrevistas que concedió a diversos órganos de expresión de diversos países. Recientemente, se ha iniciado la publicación de las innumerables homilias pronunciadas a lo largo de su vida, de viva voz, ante todo tipo de personas. En el volumen *Es Cristo que pasa* se recogen algunas de ellas.

Hemos entresacado de la predicación ya publicada de Mons. Escrivá de Balaguer, los textos que ofrecemos, testimonio de su entrega absoluta al servicio de la Iglesia y de todas las almas, que sean unas pinceladas de lo que fue toda su vida, cuando todavía no ha aparecido ninguna biografía de este sacerdote bueno y fiel que fue Mons. Escrivá de Balaguer.

**el trabajo, realidad
santificable
y santificadora**

Vuestra vocación humana es parte, y parte importante, de vuestra vocación divina. Esta es la razón por la cual os tenéis que santificar, contribuyendo al mismo tiempo a la santificación de los demás, de vuestros iguales, precisamente santificando vuestro trabajo y vuestro ambiente: esa profesión u oficio que llena vuestros días, que da fisonomía peculiar a vuestra personalidad humana, que es vuestra manera de estar en el mundo; ese hogar, esa familia vuestra; y esa nación, en la que habéis nacido y a la que amáis.

...Porque el trabajo aparece como participación en la obra creadora de Dios, que, al crear al hombre, lo bendijo diciéndole: Procread y multiplicaos y henchid la tierra y sojuzgadla, y dominad en los peces del mar, y en las aves del cielo, y en todo animal que se mueve sobre la tierra (Gen. I, 28). Porque,



además, al haber sido asumido por Cristo, el trabajo se nos presenta como realidad redimida y redentora: no sólo es el ámbito en que el hombre vive, sino medio y camino de santidad, realidad santificable y santificadora.

En el taller de José. Homilía. 19.3.1963.

Seguir a Cristo: éste es el secreto. Acompañarle tan de cerca, que vivamos con El, como aquellos primeros doce, tan de cerca, que con El nos identifiquemos. No tardaremos en afirmar, cuando no hayamos puesto obstáculos a la gracia, que nos hemos revestido de Nuestro Señor Jesucristo. Se refleja el Señor en nuestra conducta, como en un espejo. Si el espejo es como debe ser, recogerá el semblante amabilísimo de nuestro Salvador sin desfigurarlo, sin caricaturas: y los demás tendrán la posibilidad de admirarlo, de seguirlo.

En este esfuerzo por identificarse con Cristo, he distinguido como cuatro escalones: buscarle, encontrarle, tratarle, amarle. Quizá comprendéis que estáis como en la primera etapa. Buscadlo en vosotros mismos con todas vuestras fuerzas. Si obráis con este empeño, me atrevo a garantizar que ya lo

la única ambición noble



habéis encontrado, y que habéis comenzado a tratarlo y a amarlo, y a tener vuestra conversación en los cielos.

Ruego al Señor que nos decidamos a alimentar en nuestras almas, la única ambición noble, la única que merece la pena: ir junto a Jesucristo, como fueron su Madre Bendita y el Santo Patriarca, con ansia, con abnegación, sin descuidar nada. Participaremos en la dicha de la divina amistad —en un recogimiento interior, compatible con nuestros deberes profesionales y con los de ciudadano—, y le agradeceremos la delicadeza y la claridad con que El nos enseña a cumplir la Voluntad del Padre Nuestro que habita en los cielos.

Hacia la santidad. Homilía. 26.11.1967.

Entiendo muy bien que, a lo largo de los siglos, las sucesivas generaciones de fieles hayan ido concretando esa piedad eucarística, la necesidad de una amistad constante con Jesús en la Palabra y en el Pan, en la oración y en la Eucaristía. Unas veces, con prácticas multitudinarias, profesando públicamente su fe; otras, con gestos silenciosos y callados, en la sacra paz del templo o en la intimidad del corazón.

Ante todo, hemos de amar la Santa Misa que debe ser el centro de nuestro día. Si vivimos bien la Misa, ¿cómo no continuar luego en el resto de la jornada con el pensamiento en el Señor, con la comezón de no apartarnos de su presencia, para trabajar como El trabajaba y amar como El amaba? Aprendemos entonces a agradecer al Señor esa otra delicadeza suya: que no haya querido limitar su presencia al momento del Sacrificio del Altar, sino que haya decidido permanecer en la Hostia Santa que se reserva en el Tabernáculo, en el Sagrario.

Os diré que para mí el Sagrario ha sido siempre Betania, el lugar tranquilo y apacible donde está Cristo, donde podemos contarle nuestras preocupaciones, nuestros sufrimientos, nuestras ilusiones y nuestras alegrías, con la misma sencillez y naturalidad con que le hablaban aquellos amigos suyos, Marta, María y Lázaro. Por eso, al recorrer las calles de alguna ciudad o de algún pueblo, me da alegría descubrir, aunque sea de lejos, la silueta de una iglesia: es un nuevo Sagrario, una ocasión más para dejar que el alma se escape para estar con el deseo junto al Señor Sacramentado.

En la fiesta del Corpus Christi. Homilía. 28.5.1964.

el centro y la raíz de la vida del cristiano

Porque María es Madre, su devoción nos enseña a ser hijos: a querer de verdad, sin medida; a ser sencillos, sin esas complicaciones que nacen del egoísmo de pensar sólo en nosotros; a estar alegres, sabiendo que nada puede destruir nuestra esperanza. El principio del camino que lleva a la locura del mundo es el desconfío en Dios. El principio del camino que lleva a María Santísima. No voy a hacer aquí

por María hacia Jesús

muchos razonamientos, con el fin de glosar esa idea: os invito más bien a que hagáis la experiencia, a que lo descubráis por vosotros mismos, tratando amorosamente a María, abriéndole vuestro corazón, confiándole vuestras alegrías y vuestras penas, pidiéndole que os ayude a conocer y a seguir a Jesús.

Si buscáis a María, encontraréis a Jesús. Y aprenderéis a entender un poco lo que hay en ese corazón de Dios que se anonada, que renuncia a manifestar su poder y majestad, para presentarse en forma de esclavo.

Por María, hacia Jesús. Homilía. 4.5.1957.

cómo hacer oración

¿Cómo hacer oración? Me atrevo a asegurar, sin temor a equivocarme, que hay muchas, infinitas maneras de orar, podría decir. Pero yo quisiera para todos nosotros la auténtica oración de los hijos de Dios, no la palabrería de los hipócritas, que han de escuchar de Jesús: no todo el que repite: ¡Señor!, ¡Señor!, entrará en el reino de los cielos (Mt 7, 21). Los que se mueven por la hipocresía, pueden quizá lograr el ruido de la oración —escribía San Agustín—, pero no su voz, porque allí falta la vida (En. in Ps., 139, 10), y está ausente el



afán de cumplir la Voluntad del Padre. Que nuestro clamar ¡Señor! vaya unido al deseo eficaz de convertir en realidad esas mociones interiores, que el Espíritu Santo despierta en nuestra alma.

Hemos de esforzarnos, para que de nuestra parte no quede ni sombra de doblez. El primer requisito para desterrar ese mal que el Señor condena duramente, es procurar conducirse con la disposición clara, habitual y actual, de aversión al pecado. Recientemente, con sinceridad, hemos de sentir —en el corazón y en la cabeza— horror al pecado grave. Y también ha de ser nuestra la actitud, hondamente arraigada, de abominar del pecado venial deliberado, de esas claudicaciones que no nos privan de la gracia divina, pero debilitan los cauces por los que nos llega.

No me he cansado nunca y, con la gracia de Dios, nunca me cansaré de hablar de oración. Hacia 1930, cuando se acercaban a mí, sacerdote joven, personas de todas condiciones —universitarios, obreros, sanos y enfermos, ricos y pobres, sacerdotes y seglares—, que intentaban acompañar más de cerca al Señor, les aconsejaba siempre: rezad. Y si alguno me contestaba: no sé siquiera cómo empezar, le recomendaba que se pusiera en la presencia del Señor y le manifestase su inquietud, su ahogo, con esa misma queja: Señor ¡que no sé! Y, tantas veces, en aquellas humildes confidencias se concretaba la intimidad con Cristo, un trato asiduo con El.

Vida de oración. Homilía 4.4.1955.

la Iglesia Santa

El misterio de la santidad de la Iglesia —esa luz original, que puede quedar oculta por las sombras de las bajezas humanas— rechaza el más mínimo pensamiento de sospecha o de duda sobre la belleza de nuestra Madre. Ni cabe tolerar, sin protesta, que otros la insulten. No busquemos en la Iglesia los lados vulnerables para la crítica, como algunos que no demuestran su fe ni su amor. No concibo que se viva un cariño verdadero a la propia madre, y que se hable de esa madre con despego.

Nuestra Madre es Santa, porque ha nacido pura y continuará sin mácula por la eternidad. Si en ocasiones no sabemos descubrir su rostro hermoso, limpiémonos nosotros los ojos; si notamos que su voz no nos agrada, quitemos de nuestros oídos la dureza que nos impide oír, en su tono, los silbidos del Pastor amoroso. Nuestra Madre es Santa, con la santidad de Cristo, a la que está unida en el cuerpo —que somos todos nosotros— y en el espíritu, que es el Espíritu Santo, asentado también en el corazón de cada uno de nosotros, si nos conservamos en gracia de Dios.

¡Santa, Santa, Santa!, nos atrevemos a cantar a la Iglesia, evocando el himno en honor de la Trinidad Beatísima. Tú eres Santa, Iglesia, Madre mía, porque te fundó el Hijo de Dios, Santo; eres Santa, porque así lo dispuso el Padre, fuente de toda santidad; eres Santa, porque te asiste el Espíritu Santo, que mora en el alma de los fieles; para ir reuniendo a los hijos del Padre, que habitarán en la Iglesia del Cielo, la Jerusalén eterna.

Lealtad a la Iglesia. Homilía. 4.6.1972.



¿Por qué? Las obras que nacen de la Voluntad de Dios no tienen otro por qué que el deseo divino de utilizarlas como expresión de su voluntad salvífica universal. Desde el primer momento la Obra era universal, católica. No nació para dar solución a los problemas concretos de la Europa de los años veinte, sino para decir a los hombres y mujeres de todos los países, de cualquier condición —y de cualquier estado: solteros, casados, viudos, sacerdotes—, que podían amar y servir a Dios, sin dejar de vivir en su trabajo ordinario, con su familia, en sus variadas y normales relaciones sociales.

¿Cómo se fundó?. Sin ningún medio humano. Sólo tenía yo 26 años, gracia de Dios y buen humor. La Obra nació pequeña: no era más que el afán de un joven sacerdote, que se esforzaba en hacer lo que Dios le pedía.

Entrevista. Time. New York. 16.4.1967.

Yo solía decir a aquellos universitarios y a aquellos obreros que venían junto a mí por los años treinta, que tenían que materializar la vida espiritual. Quería apartarlos así de la tentación, tan frecuente entonces y ahora, de llevar como una doble vida: la vida interior, la vida de relación con Dios, de una parte; y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas.

¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales.

No hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca. Por eso puedo decir que necesita nuestra época devolver —a la materia y a las situaciones que parecen más vulgares— su noble y original sentido, ponerlas al servicio del Reino de Dios, espiritualizarlas, haciendo de ellas medio y ocasión de nuestro encuentro continuo con Jesucristo.

Amar al mundo apasionadamente. Homilía. 8.10.1967.

Tenéis que difundir por todas partes una verdadera mentalidad laical, que ha de llevar a tres conclusiones:

- a ser lo suficientemente honrados, para pechar con la propia responsabilidad personal;
- a ser lo suficientemente cristianos, para respetar a los hombres en la fe, que proponen —en materias opinables— soluciones diversas a las que cada uno de nosotros sostiene;
- y a ser lo suficientemente católicos, para no servirse de nuestra Madre la Iglesia, mezclándola en banderías humanas.

...Y esa cristiana mentalidad laical os permitirá huir de toda intolerancia, de todo fanatismo —lo diré de un modo positivo—, os hará convivir en paz con todos vuestros conciudadanos, y fomentar también la convivencia en los diversos órdenes de la vida social.

Amar al mundo apasionadamente. Homilía. 8.10.1967.

por qué el Opus Dei

santidad en la vida ordinaria

mentalidad laical

DE LA ÚLTIMA DE MONS. ES

Estos comienzos de vida
de Cristo en su vida
educación física, pero
la vida, la otra vida, la vida
para otra vida. Llegó un momento
impugnando mucho porque
falta. Llegó un momento de
tierra, pero para esto hay que

¿Qué quieres que te diga
que sólo estás, pero que
vuestro Padre celestial se
hacían saliendo siempre
su mundo, no desde la
completa, entonces, cuando
hecho sentir la alegría de
la vida, vuestra vida, no
retardar, un retardo que
completa nunca termina. Un
obscuro y frío. Pero que se
aparece.



en medio del mundo

Sueño —y el sueño se ha hecho realidad— con muchedumbres de hijos de Dios, santificándose en su vida de ciudadanos corrientes, compartiendo afanes, ilusiones y esfuerzos con las demás criaturas. Necesito gritarles esta verdad divina: si permanecéis en medio del mundo, no es porque Dios se haya olvidado de vosotros, no es porque el Señor no os haya llamado. Os ha invitado a que continuéis en las actividades y en las ansiedades de la tierra, porque os ha hecho saber que vuestra vocación humana, vuestra profesión, vuestras cualidades, no sólo no son ajenas a sus designios divinos, sino que El las ha santificado como ofrenda gratisísima al Padre.

Recordar a un cristiano que su vida no tiene otro sentido que el de obedecer a la Voluntad de Dios, no es separarle de los demás hombres. Al contrario, en muchos casos el mandamiento recibido del Señor es que nos amemos los unos a los otros como El nos ha amado, viviendo junto a los demás e igual que los demás, entregándonos a servir al Señor en el mundo, para dar a conocer mejor a todas las almas el amor de Dios: para decirles que se han abierto los caminos divinos de la tierra.

El triunfo de Cristo en la humildad. Homilía. 24.12.1963.

hogares luminosos y alegres

El matrimonio no es, para un cristiano, una simple institución social, ni mucho menos un remedio para las debilidades humanas: es una auténtica vocación sobrenatural. Sacramento grande en Cristo y en la Iglesia, dice San Pablo, y a la vez e inseparablemente, contrato que un hombre y una mujer hacen para siempre, porque, queramos o no, el matrimonio instituido por Jesucristo es indisoluble: signo sagrado que santifica, acción de Jesús, que invade el alma de los que se casan y les invita a seguirle, transformando toda la vida matrimonial en un andar divino en la tierra.

Los casados están llamados a santificar su matrimonio y a santificarse en su unión; cometerían por eso un grave error si edificaran su conducta espiritual a espaldas y al margen de su hogar. La vida familiar, las relaciones conyugales, el cuidado y la educación de los hijos, el esfuerzo por sacar adelante económicamente a la familia y por asegurarla y mejorarla, el trato con las otras personas que constituyen la comunidad social, todo eso son situaciones humanas y corrientes que los esposos cristianos deben sobrenaturalizar.

El matrimonio, vocación cristiana. Homilía. Navidad 1970.

unir al ejemplo la palabra

Querer alcanzar la santidad —a pesar de los errores y de las miserias personales, que durarán mientras vivamos— significa esforzarse, con la gracia de Dios, en vivir la caridad, plenitud de la ley y vínculo de perfección. La caridad, no es algo abstracto; quiere decir entrega real y total al servicio de Dios y de todos los hombres; de ese Dios que nos habla en el silencio de la oración y en el rumor del mundo; de esos hombres, cuya existencia se entrecruza con la nuestra.

Viviendo la caridad —el Amor— se viven todas las virtudes humanas y sobrenaturales del cristiano, que forman una unidad y que no se pueden reducir a enumeraciones exhaustivas. La caridad exige que se viva la justicia, la solidaridad, la responsabilidad familiar y social, la pobreza, la alegría, la castidad, la amistad...

Se ve enseguida que la práctica de estas virtudes lleva al apostolado. Es más: es ya apostolado. Porque al procurar vivir así en medio del trabajo diario, la conducta cristiana se hace buen ejemplo, testimonio, ayuda concreta y eficaz; se aprende a seguir las huellas de Cristo que coepit facere et docere (Act 1, 1), que empezó a hacer y a enseñar, uniendo al ejemplo la palabra. Por eso he llamado a este trabajo, desde hace cuarenta años, apostolado de amistad y confianza.

Entrevista. L'Osservatore della Domenica. Ciudad del Vaticano. 19.6.1968.

Para vivir la virtud de la castidad, no hay que esperar a ser viejo o a carecer de vigor. La pureza nace del amor y, para el amor limpio, no son obstáculos la robustez y la alegría de la juventud. Joven era el corazón y el cuerpo de San José cuando contrajo matrimonio con María, cuando supo del misterio de su Maternidad divina, cuando vivió junto a Ella respetando la integridad que Dios quería legar al mundo, como una señal más de su venida entre las criaturas. Quien no sea capaz de entender un amor así, sabe muy poco de lo que es el verdadero amor, y desconoce por entero el sentido cristiano de la castidad.

En el taller de José. Homilía. 19.3.1963.

Esta doctrina de la Sagrada Escritura, que se encuentra —como sabéis— en el núcleo mismo del espíritu del Opus Dei, os ha de llevar a realizar vuestro trabajo con perfección, a amar a Dios y a los hombres al poner amor en las cosas pequeñas de vuestra jornada habitual, descubriendo ese algo divino que en los detalles se encierra. ¡Qué bien cuadran aquí aquellos versos del poeta de Castilla!: Despacito y buena letra: / el hacer las cosas bien / importa más que el hacerlas.

Os aseguro, hijos míos, que cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebose de la trascendencia de Dios.

Amar al mundo apasionadamente. Homilía. 8.10.1967.



**la pureza nace
del amor**

cosas pequeñas

DE LA ULTIMA PREDICACION DE MONS. ESCRIVA DE BALAGUER

Estáis comenzando la vida. Unos comienzan y otros acaban, pero todos somos la misma Vida de Cristo; ¡y hay tanto que hacer en el mundo! Vamos a pedirle al Señor, siempre, que nos ayude a todos a ser fieles, a continuar la labor, a vivir esa Vida, con mayúscula, que es la única que merece la pena: la otra no vale la pena, la otra se va, como el agua entre las manos, se escapa. En cambio, ¡esta otra Vida! Llega un momento en el que a uno no le importan nada todas las cosas de la tierra, importándole mucho porque se ama a todas las almas y se tiene cariño a todas las cosas de la tierra. Llega un momento —insisto— en el que no le importa a uno nada de todas las cosas de la tierra, pero para esto hay que tener este desprendimiento.

¿Qué queréis que os diga? Ya os lo he dicho siempre: que habéis sido llamados por Dios para que seáis santos, para que seamos santos, como enseña San Pablo. Sed perfectos así como vuestro Padre celestial es perfecto: ésas son palabras de Cristo. Ser santo es ser dichoso, también aquí en la tierra. Y me preguntaréis quizá: Padre, y usted, ¿ha sido dichoso siempre? Yo, sin mentir, recordaba hace pocos días, no sé donde fue, que no he tenido nunca una alegría completa; siempre, cuando viene una alegría, de esas que satisfacen el corazón, el Señor me ha hecho sentir la amargura de estar en la tierra, como un chispazo del Amor... Y, sin embargo, no he sido nunca infeliz, no recuerdo haber sido infeliz nunca. Me doy cuenta de que soy un gran pecador, un pecador que ama con toda su alma a Jesucristo. Así que infeliz, nunca; alegría completa nunca tampoco. ¡Ay que lío me he hecho! Ayudadme a ser santo; pedid por mí para que sea bueno y fiel. Pero que no se quede todo en palabras; poned también obras, que el ejemplo arrastra.

(Palabras de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, en Roma, el 7 de junio de 1975, en una tertulia con más de un centenar de socios del Opus Dei de Italia, Filipinas, Alemania, México, España, Estados Unidos, Colombia, Chile, Canadá, Inglaterra, Austria, Bolivia, Suiza, Brasil, Irlanda, Perú, Uruguay, Nicaragua, Costa Rica, Venezuela, Guatemala y Argentina.)

Yo tengo la devoción de celebrar frecuentemente —cuando lo permite la liturgia— la Misa de la Santísima Virgen; me parece que os lo he dicho alguna vez. Y hay una vieja oración, en la que el sacerdote pide la salud *mentis et corporis*, y después la alegría de vivir. ¡Qué bonito! Creen por ahí que la alegría de vivir es cosa pagana, porque lo que buscan es la alegría de morir, de suicidarse neciamente, suicidarse con estiércol hasta por encima de los ojos. Seguir a Cristo, buscar la santidad es tener la alegría de vivir. Los santos no son tristes, ni melancólicos; tienen buen humor.

(Palabras de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, en Roma, el 15 de Junio de 1975, en una tertulia con más de un centenar de socios del Opus Dei de Italia, Filipinas, España, Alemania, México, Colombia, Estados Unidos, Chile, Canadá, Inglaterra, Austria, Costa Rica, Venezuela, Guatemala, Argentina, Suiza, Bolivia, Brasil, Irlanda, Perú, Uruguay y Nicaragua.)

Vosotras, por ser cristianas, tenéis alma sacerdotal, os diré como siempre que vengo aquí. Podéis y debéis ayudar con esa alma sacerdotal, con la gracia de Dios, al ministerio sacerdotal de nosotros, los sacerdotes. Entre todos, haremos una labor eficaz. Sacad motivo de todo para tratar a Dios y a su Madre Bendita, Nuestra Madre, y a San José, nuestro Padre y Señor, y a nuestros Angeles Custodios, para ayudar a esta Iglesia Santa, nuestra Madre, que está tan necesitada, que lo está pasando tan mal en el mundo en estos momentos. Hemos de amar mucho a la Iglesia y al Papa. Pedid al Señor que sea eficaz nuestro servicio a su Iglesia y al Santo Padre.

(Palabras del Fundador del Opus Dei, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, en la mañana del 26 de Junio de 1975, tres horas antes de morir, en el Istituto Internazionale di Scienze dell'Educazione (Castelgandolfo), centro de la Sección de mujeres del Opus Dei, con alumnas de Australia, Alemania, Polonia, Japón, México, Kenya, España, Austria, Argentina, Estados Unidos, Filipinas, Inglaterra, Guatemala, Italia, Chile, Brasil, Canadá, Colombia, Perú, Portugal y Puerto Rico.)

Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer fue, por encima de todo, un sacerdote enamorado de Dios, un sacerdote dedicado por entero a su ministerio, dirigido, con ardiente afán de almas, a todas las personas: hombres y mujeres, clérigos y laicos, jóvenes y ancianos, solteros y casados, universitarios, obreros, campesinos... Así fue toda su vida, predicando sin cansancio.

El mensaje era y es universal: **«El fin del Opus Dei es hacer que muchas personas, en todo el mundo, sepan, en la teoría y en la práctica, que es posible santificar su tarea ordinaria, el trabajo de cada día; que es posible buscar la perfección cristiana en medio de la calle, sin abandonar la labor en la que el Señor ha querido llamarnos»** (1). Es un mensaje viejo como el Evangelio, que a algunos parecía herejía, pero que el Concilio Ecuménico Vaticano II confirmó solemnemente (2).

Desde el 2 de octubre de 1928, fecha de la fundación del Opus Dei, cientos de millares de hombres y mujeres de todo el mundo, de toda condición, se han sentido empujados, suave y fuertemente a la vez, por su ejemplo, por su predicación sencilla y profunda, por su fe gigante, «a amar a Dios, cada día, con obras, con finura de amor en el cumplimiento del deber cotidiano, en un servicio continuo y desinteresado a la Iglesia, al Papa y a las almas» (3).

Es la fecundidad del sacerdocio cristiano, lo que explica la universalidad de los frutos de este sacerdote. Ha sido Dios, quien, movido de su Amor infinito hacia los hombres, se ha valido de la fidelidad heroica de Mons. Escrivá de Balaguer.

Resulta difícil glosar un solo aspecto de la labor realizada por el Fundador del Opus Dei. El mensaje universal que difunde esta Asociación es que todas las actividades honestas de la tierra pueden ser ocasión de encuentro con Dios. Cuando se abordan las situaciones humanas, las ocupaciones de las personas, los problemas, con sentido cristiano —sin desnaturalizarlos— todo adquiere una nueva dimensión y, sobre todo, se ordena en su finalidad divina y humana. Por ello, en su apostolado se advierte, también, una contribución a aquellos variados aspectos de la actividad humana a los que tanto puede aportar el ideal cristiano: la familia, la educación, el trabajo, la labor intelectual...

«Debéis comprender ahora —con una nueva claridad— que Dios os llama a servirle en y desde las tareas civiles, materiales, seculares de la vida humana: en el laboratorio, en el quirófano de un hospital, en el cuartel, en la cátedra universitaria, en la fábrica, en el taller, en el campo, en el hogar de familia y en todo el inmenso panorama del trabajo. Dios nos espera cada día. Sabedlo bien: hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir» (4). Es, como decía antes, el sentido cristiano que todo lo ilumina. Todo ello, en Mons. Escrivá de Balaguer, no han sido sólo palabras, sino que fue siempre vida: el mismo afán de almas que llevó su catequesis a todos los caminos, personas y profesiones, llegó, también, a la Universidad, de la que, desde los dieciséis años, nunca perdió el contacto. Notamos en nuestro Colegio Mayor la huella viva de su contribución, plasmada en el espíritu que configura el ambiente de este centro y de tantos otros centenares repartidos por los cinco continentes.

amor a la verdad

El sentido cristiano informa —en primer lugar— el trabajo universitario mediante el amor a la verdad. **«Soy sacerdote de Jesucristo y contemplo con alegría los avances grandiosos de la sabiduría humana. El Señor otorgó al hombre, como prueba de su Amor de predilección, el privilegio de ese chispazo de la inteligencia divina que es el entendimiento. Y es una maravilla comprobar cómo Dios ayuda a la inteligencia humana en esas investigaciones que necesariamente tienen que llevar a Dios, porque contribuyen —si son verdaderamente científicas— a acercarnos al Crea-**

TRES IDEALES UNIVERSITARIOS:

«dor» (5). Es ésta una tarea urgente cuando, como hoy, «después de años de apacible e ingenua fe en el mito del progreso perenne e irreversible, se debate la humanidad contra una borrasca tremenda, cuyo vértigo irresistible deja al hombre con frecuencia aturrido, y le hace retroceder tantas veces a formas salvajes de entender la vida, que —como en los tristes desvaríos de una diabólica pesadilla— no reconocen otros impulsos que el instinto o el capricho, la comodidad o el interés» (6).

«Ante esta degeneración de lo humano, fruto de una locura poco menos que colectiva, los hijos de Dios se rebelan, conscientes de que la religión es la mayor rebeldía del hombre que no quiere vivir como una bestia, que no se conforma —que no se aquieta— si no trata y conoce al Creador» (7). Y así, en la vida diaria del universitario, que quiere vivir su trabajo como el lugar en que se encuentra con Dios, **«la fe es nuevo acicate para la búsqueda cotidiana de soluciones, certeza de que ni la ciencia ni la conciencia de un científico pueden aceptar sinrazones de mentirosa eficacia, que lleven a negar el amor humano, a cegar las fuentes de la vida, al hedonismo sutil o al más burdo materialismo, que sofocan la dignidad del hombre y lo hacen esclavo de la tristeza»** (8).

La Universidad se debe, por tanto, a esa tarea inmensa y esperanzadora: **«Salvarán este mundo nuestro —permitid**



que lo recuerde—, no los que pretenden narcotizar la vida del espíritu, reduciendo todo a cuestiones económicas o de bienestar material, sino los que tienen fe en Dios y en el destino eterno del hombre, y saben recibir la verdad de Cristo como luz orientadora para la acción y la conducta. Porque el Dios de nuestra fe no es un ser lejano, que contempla indiferente la suerte de los hombres. Es un Padre que ama ardientemente a sus hijos, un Dios Creador que se desborda en cariño por sus criaturas. Y concede al hombre el privilegio de poder amar, trascendiendo así lo efímero y lo transitorio» (9).

«De este modo la Universidad sabe que la necesaria objetividad científica rechaza justamente toda neutralidad ideológica, toda ambigüedad, todo conformismo, toda cobardía: el amor a la verdad compromete la vida y el trabajo entero del científico, y sostiene su temple de honradez ante posibles situaciones incómodas, porque a esa rectitud comprometida no corresponde siempre una imagen favorable en la opinión pública» (10).

afán de servicio

Junto al amor a la verdad, el afán de servicio. **«El ideal es, sobre todo, la realidad del trabajo bien hecho, la prepa-**

VERDAD, SERVICIO Y LIBERTAD

ración científica adecuada durante los años universitarios. Con esta base, hay miles de lugares en el mundo que necesitan brazos, que esperan una tarea personal, dura y sacrificada» (11). Por este motivo, «es necesario que la Universidad forme a los estudiantes en una mentalidad de servicio: servicio a la sociedad, promoviendo el bien común con su trabajo profesional y con su actuación cívica. Los universitarios necesitan ser responsables, tener una sana inquietud por los problemas de los demás y un espíritu generoso que les lleve a enfrentarse con estos problemas, y a procurar encontrar la mejor solución. Dar al estudiante todo eso es tarea de la Universidad» (12).

«La Universidad —lo sabéis porque lo estáis viviendo o lo deseáis vivir— debe contribuir desde una posición de primera importancia, al progreso humano. Como los problemas planteados en la vida de los pueblos son múltiples y complejos —espirituales, culturales, sociales, económicos, etc.—, la formación que debe impartir la Universidad ha de abarcar todos estos aspectos» (13).

Y este afán de servicio cristiano ha de reflejarse en cada una de las disciplinas académicas:

«Las ciencias humanas, desarrolladas con principios y métodos propios, avaladas con el contraste de la Revelación sobrenatural, contribuyen a resolver de modo ade-



cuado los problemas humanos, espirituales y temporales, de todo tiempo y lugar...

«La Medicina alivia los sufrimientos del cuerpo y el dolor del alma, inseparables de nuestra condición humana, y facilita ese derecho a no estar solo en la hora difícil en la enfermedad y el desconsuelo.

«El Derecho ordena según justicia la convivencia de los hombres y de los pueblos, y garantiza contra los abusos y tiranías de quienes querrían vivir y gobernar a tenor de su propio arbitrio o de su fuerza prepotente.

«Las Artes estimulan la contemplación de la belleza, y ayudan a sobrellevar el peso de un trabajo que, por tantas circunstancias, hoy es más fácil que agote y rinda los espíritus» (14).

En definitiva, «la Universidad no vive de espaldas a ninguna incertidumbre, a ninguna inquietud, a ninguna necesidad de los hombres. Pero, al estudiar con profundidad científica los problemas, remueve también los corazones, espolea la pasividad, despierta fuerzas que dormitan, y forma ciudadanos dispuestos a construir una sociedad más justa. Contribuye así con su labor universal a quitar barreras que dificultan el entendimiento mutuo de los hombres, a aligerar el miedo ante un futuro incierto, a promover —con el amor a la verdad, a la justicia y a la

libertad— la paz verdadera y la concordia de los espíritus y de las naciones» (15).

respeto a la libertad

Era constante en Mons. Escrivá de Balaguer su inmenso amor a la libertad personal, concretado en querer y respetar sin reservas la libertad de los demás. Amor a la libertad ajeno a todo totalitarismo. «Un hombre sabedor de que el mundo —y no sólo el templo— es el lugar de su encuentro con Cristo, ama ese mundo, procura adquirir una buena preparación intelectual y profesional, va formando —con plena libertad— sus propios criterios sobre los problemas del medio en que se desenvuelve; y toma, en consecuencia, sus propias decisiones que, por ser decisiones de un cristiano, proceden además de una reflexión personal, que intenta humildemente captar la Voluntad de Dios en esos detalles pequeños y grandes de la vida» (16). «La libertad personal es esencial en la vida cristiana. Pero no olvidéis, hijos míos, que hablo siempre de una libertad responsable. Interpretad, pues, mis palabras, como lo que son: una llamada a que ejerzáis —¡a diario!, no sólo en situaciones de emergencia— vuestros derechos; y a que cumpláis noblemente vuestras obligaciones como ciudadanos —en la vida política, en la vida económica, en la vida universitaria, en la vida profesional—, asumiendo con valentía todas las consecuencias de vuestras decisiones libres, cargando con la independencia personal que os corresponde» (17).

Por ello, la Universidad, lugar propio para la convivencia, es, también, lugar propio para respetar la libertad ajena: «es la casa común, lugar de estudio y de amistad, lugar donde deben convivir en paz personas de las diversas tendencias que, en cada caso, sean expresiones del legítimo pluralismo que en la sociedad existe» (18). «Si la Universidad se convierte en el aula donde se debaten y deciden problemas políticos concretos, es fácil que se pierdan la serenidad académica y que los estudiantes se formen en un espíritu de partidismo» (19). Amor a la verdad, afán de servicio, respeto a la libertad personal. Tres ideales que contribuyen a «que la Universidad sea fiel, en las inciertas circunstancias sociales del presente, a su misión de servicio a todos los hombres, mediante la investigación universal de la verdad» (20).

Brotan del alma sentida y agradecida, a la hora de su fallecimiento, aquellas palabras que pronunció en 1974, en el que fue su último Acto Académico Universitario en Pamplona: «Proseguimos nuestra andadura de servicio a los hombres, en la amable compañía de la Madre de Dios, que es también Madre nuestra. Ella agrandará nuestro corazón y nos hará tener entrañas de misericordia. Y amparará la invocación que hacemos al Espíritu con el Salmista —guíame en tu verdad y enséñame, porque tú eres mi Dios, mi Salvador, y en ti espero siempre (Ps. XXIV, 5)—, para que ilumine las inteligencias y fortalezca las voluntades, de manera que nos acostumbremos siempre a buscar, a decir y a oír la verdad, y se establezca así entre los hombres un clima de comprensión y de concordia, de caridad y de luz por todos los caminos de la tierra» (21).

Juan DE DOU PLAYA
Director C.M.U. Monterols

(1). Entrevista. *Gaceta Universitaria*. Madrid. 5-X-1967. / (2). Crf. Cardenal Sebastiano Baggio. *Avvenire*. Milán. 26-VII-1975. / (3). Mons. Álvaro del Portillo. 27-VI-1975. / (4). *Amar al mundo apasionadamente*. Homilía pronunciada en el campus de la Univ. de Navarra. 8-X-1967. / (5). Discurso. Univ. de Navarra. 7-X-1972. / (6). Discurso. Univ. de Navarra 9-V-1974. / (7). *ibid.* / (8). *ibid.* / (9). *ibid.* / (10). *ibid.* / (11). Entrevista. *Gaceta Universitaria*. Madrid. 5-X-1967. / (12). *ibid.* / (13). *ibid.* / (14). Discurso. Univ. de Navarra. 8-X-1972. / (15). *ibid.* / (16). *Amar al mundo apasionadamente*. Homilía pronunciada en el campus de la Univ. de Navarra. 8-X-1967. / (17). *ibid.* / (18). Entrevista. *Gaceta Universitaria*. Madrid. 5-X-1967. / (19). Discurso. Univ. de Navarra. 9-V-1974. / (20). *ibid.* / (21). *ibid.*

Cuando se supo en Monterols el fallecimiento del Padre,

cuantos, en aquella tarde del 26 de junio, estábamos en Monterols, acudimos al Oratorio, como empujados por la necesidad de desahogar con Dios el dolor y la emoción. Ese era un suceso que, como todo en Mons. Escrivá de Balaguer, llevaba a Dios. Allí, junto al Sagrario, unas palabras de San Juan que están esculpidas en el frontal del Oratorio: Veritas liberabit vos (Ioah. VIII, 32), —la verdad os hará libres— hacían a ese suceso más entrañable todavía. Es esta una frase especialmente significativa para cuantos vivieron los primeros años de Monterols, porque evoca historia y acontecimientos de los inicios de la labor del Opus Dei en Barcelona; cuando Mons. Escrivá de Balaguer y un pequeño grupo de hijos suyos comenzaron a sembrar, en nuestra querida tierra catalana, la semilla del Opus Dei: buscar a Dios en medio de nuestra ocupación ordinaria, en el trabajo bien hecho, en el estudio, en la familia, en la amistad. Fueron años de mucha siembra, de mucho trabajo, como siempre, pero con la fe de los comienzos: cuando todavía no se ven los resultados; años en los que no faltó la cruz, en forma de incompreensión, de calumnia, de mentira. Se entiende que del alma del Fundador del Opus Dei, entonces, brotaran aquellas palabras del Señor que recoge San Juan: La verdad os hará libres, las mismas que quedaron esculpidas, más tarde, en el Oratorio de la que fue primera obra corporativa del Opus Dei en Barcelona. Pero ese sacrificio escondido de Mons. Escrivá de Balaguer ha sido fecundo: muchas almas catalanas se han sentido atraídas por ese mensaje cristiano. Y Monterols, en sus 25 años, ha podido contemplar —y de ello ha sido testigo silencioso esta frase esculpida en el frontal de su Oratorio— el extenderse prodigioso de la semilla del Opus Dei por todo el mundo, por los cinco continentes. Vienen a la memoria las palabras que en 1966 pronunció Mons. Escrivá de Balaguer al ser nombrado hijo adoptivo de Barcelona.



«...Buenas pruebas he dado yo de este cariño, que ahora es enteramente filial, a Barcelona. Cuando, pasado el tiempo, se escriba la historia del Opus Dei, habrá en sus páginas —¡cuántos acontecimientos llegan ahora a mi memoria!— hechos que vieron la luz en esta Ciudad Condal, entre vosotros y a la sombra de la Virgen Santísima de la Merced.

Recuerdo aquellos días de hace casi treinta años, en los que el Señor quiso que gentes de esta porción catalana hicieran suya la dedicación personal a Dios en el mundo, amando el mundo, sin dejar su condición ciudadana, sin adquirir por eso un nuevo estado, conforme al espíritu del Opus Dei.

Ha pasado el tiempo y lo que entonces podía considerarse una ilusión —algunos la llamaron locura—, hoy es una realidad vivida por hombres y mujeres de toda edad y condición social en los cinco continentes...

Poco a poco se va cumpliendo lo que tanto deseaba yo en aquellos años cuarenta, cuando iba a postrarme a los pies de la Virgen en la Basilica de la Merced y no pocas veces también ante la imagen de Nuestra Señora de Montserrat, en su Santa Montaña; cuando hablaba entonces a mis hijos de esta amadísima ciudad y les recordaba aquellas palabras de San Juan: *veritas liberavit vos*, la verdad os hará libres.

No dudaba tampoco entonces, con confianza inmensa en la intercesión de Nuestra Señora ante Dios, en la noble condición de las gentes de esta tierra mía, que, porque saben amar la libertad, tienen siempre los brazos abiertos para quien habla palabras sinceras. Más tarde —permitidme que os lo cuente— quisieron mis hijos que aquellas palabras quedaran esculpidas en el Oratorio de la que fue primera obra corporativa del Opus Dei en Barcelona: el Colegio Mayor Monterols.

A todos estos hijos míos y a cuantos han sabido comprender sus ideales y sus afanes, los tengo ahora especialmente presentes. Algunos de ellos ha querido el Señor que estén lejos de esta tierra: son los instrumentos que, abiertos a todo el mundo con corazón ecuménico, están hablando de este mismo espíritu en muchos idiomas. Otros, la mayoría, siguen aquí, en Barcelona, y como vosotros se esfuerzan en hacer de la ciudad un lugar de convivencia entre los hombres, donde se respeten las legítimas libertades y todos sean acogidos y nadie olvidado: son obreros, oficinistas, empresarios, funcionarios públicos, empleadas en quehaceres domésticos, madres de familia, estudiantes en todos los grados de la enseñanza. Otros, también ahora catalanes, porque les habéis abierto los brazos haciéndoles un hueco en vuestra vida ciudadana, han venido de diversos sitios a compartir vuestros mismos anhelos.

A todos ellos —repito— los tengo especialmente presentes: porque son los que, con sus eficaces deseos de ciudadanía leal, con sus sinceros empeños de servicio, con su amor a la libertad personal de todos los hombres con la correspondiente responsabilidad, han escrito la mejor historia de mi vida de barcelonés...



Desde antes incluso de que Monterols abriera sus puertas en 1949, han sido continuos, ininterrumpidos, los detalles de aliento, cariño, de atención, de Mons. Escrivá de Balaguer. Su afecto de Padre y de sacerdote bueno, fiel y alegre, se advierte en innumerables detalles: Esa frase del Oratorio «Veritas liberabit vos», la imagen de Santa María, esperanza nuestra, asiento de la sabiduría, que ha presidido muchas horas de estudio de millares de colegiales y amigos de Monterols, las guitarras que nos regaló para que alegraran las tertulias y la convivencia entre los colegiales. De tantos recuerdos como ahora se acumulan, viene a la memoria cuando estuvimos con el Padre, en el Colegio Mayor, en 1962; cuando —muchas veces— fuimos a estar con él, un rato, en Roma, para que nos hablara de amar más a Dios, de ser mejores hijos de la Iglesia y del Papa; cuando nos escribió... Tenemos muy vivas todavía las palabras de su última carta, hace apenas un año, con motivo de la celebración del XXV Aniversario del Colegio Mayor. Sabemos que desde el cielo continúa ayudando, por intercesión de la Santísima Virgen y de nuestro Padre y Señor San José, a toda la labor de formación que se realiza en el Colegio Mayor Monterols.

«Desde que comenzamos la labor apostólica en Barcelona —sólo Dios sabe con cuánto sacrificio—, hace ya treinta y cinco años, el Señor y Nuestra Madre de la Merced no han cesado de bendecir el empeño que siempre se ha puesto por servir a la Iglesia y a las almas. Y esos frutos que ahora veis a vuestro alrededor, son prueba de que la misericordia divina, una vez más, ha superado con creces todos nuestros sueños.

Yo os encomiendo a diario y, en estos próximos días, pediré de manera particular al Señor, por intercesión de la Santísima Virgen y de nuestro Padre y Señor San José, que continúe llenando de sus gracias ese trabajo de formación que ahí realizáis, a fin de que Monterols siga siendo un instrumento eficaz.

Muy unido a vuestra acción de gracias, te abraza y os envía la mejor bendición vuestro Padre.»

ECOS DEL FALLECIMIENTO DE MONS. ESCRIVA DE BALAGUER

A raíz del fallecimiento de Mons. Escrivá de Balaguer aparecieron en todo el mundo abundantes artículos sobre su persona y sobre su eficaz servicio a la Iglesia. Recogemos algunos fragmentos de una pequeñísima parte de estos testimonios.

¿CUAL SERIA SU SECRETO?

MONS. MARCELO GONZALEZ MARTIN
Cardenal Arzobispo de Toledo. Primado de España.
ABC. Madrid. 24.8.1975

De Monseñor Escrivá se ha dicho que, a veces, parecía un niño, que arreglaba un problema grave con una broma, que huía de la tristeza como de la peste, que concebía o impulsaba la fundación de una Universidad o de una editorial con el más vivo entusiasmo, pero no con mayor empeño que el que ponía para rezar el Rosario, por ejemplo, o para ayudar privadamente a quien se lo pedía, que contagiaba a los demás el deseo y la dicha de la gracia y la verdad de Dios, que no se reservaba nada teniéndolo todo, que lanzaba a sus hijos hacia el mundo al que amaba, y vivía totalmente apartado del mundo, que no temía a personas ni acontecimientos porque no tenía nada que perder... ¿Qué significa todo esto más que el limpio resplandor de un corazón pobre, no instalado, desprendido, abierto a todos, saturado de confianza en Dios en medio de las mayores pruebas? Esta es la pobreza evangélica auténtica, aunque el que así la vive se dedique a realizar todos los recursos imaginables para servir a Dios y a los hombres. Acaso esté aquí el secreto que explica algo de su vida.

Por haber sido así desde los años primeros de su sacerdocio, tan disponible-mente abierto a la acción de Dios, fue encontrado apto, en su pequeñez de esclavo, para las más grandes tareas apostólicas. Hay miles de detalles en su vida que lo confirman. Y no es necesario pertenecer al Opus Dei para conocerlos, ni para comprender que donde existe esa pobreza se ama apasionadamente la verdad y se alcanzan resultados inimaginables. Basta tener un poco de sensibilidad sacerdotal, recta y justa para sentir la noble curiosidad de saber a qué puede deberse el formidable despliegue de tantas energías al servicio del Evangelio, como es el que encontramos en la vida de Josemaría Escrivá de Balaguer.

Mucho antes del Concilio Vaticano II trabajó él, como nadie, en la promoción del laicado, en la auténtica y profunda promoción, no en las ridículas y tristes experiencias que tanto han abundado y siguen haciendo acto de presencia en los años del posconcilio; y en el campo del ecumenismo, y en el diálogo con el mundo moderno, y en el reconocimiento de la sana autonomía de las realidades temporales.

Precisamente por eso, ahora, cuando tantos se mueven alocadamente, sin rumbo, porque su frivolidad les priva de la luz, él supo mantenerse tan firme y enhiesto en la roca de la fidelidad sin convertirse jamás en un futurólogo insustancial que, creyendo atisbar el porvenir, consiente en que el presente se le desmorone entre las manos. Porque supo ser un auténtico progresista, fue también -como no puede ser menos- un conservador denodado y valiente, de la raza de los mártires y los confesores de la fe, o simplemente de linaje espiritual de los que, a imitación de María, saben conservar en su corazón de pobres del Reino lo que debe ser conservado siempre para ser fieles.

Yo espero y deseo que sus hijos, los sacerdotes y los laicos, sepan seguir este camino. La Iglesia española y la Iglesia universal necesita de su testimonio en este sentido.

PERFIL DE MONS. JOSEMARIA ESCRIVA DE BALAGUER

CARDENAL SEBASTIANO BAGGIO
Prefecto de la Sagrada Congregación para los Obispos.
Avvenire. Milán. 26.8.1975

A pesar de lo mucho que se ha escrito sobre el Opus Dei y sobre su Fundador -o quizá por eso mismo-, prevalentemente en clave polémica por no decir fantástica, nosotros, sus contemporáneos, no tenemos la necesaria perspectiva para valorar el alcance histórico de la enseñanza (en tantos aspectos auténticamente revolucionaria y anticipadora) y de la acción pastoral (de una eficacia y una irradiación sin equivalentes) de este insigne hombre de Iglesia. Pero es evidente desde ahora que la vida, la obra y el mensaje del Fundador del Opus Dei constituyen un viraje o, más exactamente, un capítulo nuevo y original en la historia de la espiritualidad cristiana, si la consideramos -y así debe ser- como un camino rectilíneo bajo la guía del Espíritu Santo.

Monseñor Escrivá de Balaguer era hombre sencillo y modesto, que rehuía la publicidad y los gestos clamorosos; no iba de un lado para otro para dar conferencias, aunque era generosísimo e incansable en el ministerio sacerdotal y paterno de la palabra; sólo concedía entrevistas a la prensa cuando ya no era posible evitarlas. En su elogio fúnebre fueron recordadas oportunamente las palabras que escribió a los socios del Opus Dei, en una ocasión tan clásica como sus bodas de oro sacerdotales: No quiero que se prepare ninguna solemnidad, porque deseo pasar este jubileo de acuerdo con la norma ordinaria de mi conducta de siempre: ocultarme y desaparecer es lo mío, que sólo Jesús se luzca.

Sin embargo, era conocidísimo. El Opus Dei, la Asociación internacional fundada por él en 1928, cuenta hoy con unos sesenta mil socios de todas las

LA CONTRIBUCION DE MONS. ESCRIVA DE BALAGUER A LA IGLESIA

MONS. W. ONCLIN
Decano de la Facultad de Derecho Canónico de la Universidad de Lovaina y Secretario de la Comisión Pontificia para la reforma del C. I. C.
La Libre Belgique.
Lovaina. 2.7.1975

naciones del mundo, de todas las profesiones y clases sociales. Hay que tener en cuenta, además, que millones de personas han encontrado una guía para la oración y para la santificación del trabajo cotidiano en los escritos espirituales y pastorales de Monseñor Escrivá de Balaguer. De uno de ellos, **Camino** –que alguien ha llamado la Imitación de Cristo de los tiempos modernos y que otros tendían a minusvalorar, no entendiéndolo el valor de la extrema sobriedad de su estructura–, han sido publicadas hasta ahora ciento veinte ediciones en treinta idiomas, con una tirada total que roza los dos millones y medio de ejemplares. Su obra más reciente, **Es Cristo que pasa**, recoge dieciocho homilías sobre los principales momentos del año litúrgico.

Desde los comienzos del Opus Dei, su Fundador proclamó que la santidad no es un ideal para privilegiados, sino para todos aquellos que se esfuerzan en vivir el Evangelio hasta sus últimas consecuencias, cualquiera que sea su situación en la vida, y siempre atentos al Magisterio de la Iglesia. A muchos parecía eso una herejía (aunque hubiese bastado recordar la **Introducción a la vida devota**, de San Francisco de Sales); después del Concilio Ecuménico Vaticano II esta tesis se ha convertido en un principio indiscutible. Pero lo que continúa siendo revolucionario en el mensaje espiritual de monseñor Escrivá de Balaguer es la manera práctica de orientar hacia la santidad cristiana a hombres y mujeres de toda condición, en una palabra: al hombre de la calle.

El modo de concretar, en la práctica, este mensaje se basa en tres novedades características de la espiritualidad del Opus Dei: 1) ante todo, los seglares no deben abandonar ni despreciar el mundo, sino quedarse dentro, amando y compartiendo la vida de sus conciudadanos; 2) quedándose en el mundo, los seglares deben saber descubrir el valor sobrenatural de todas las normales circunstancias de su vida, incluidas las más prosaicas y materiales; 3) en consecuencia, el trabajo cotidiano –es decir, el que ocupa la mayor parte del tiempo y caracteriza la personalidad de la mayoría de las personas– es lo primero que hay que santificar y el primer instrumento de apostolado.

El gran mensaje que Monseñor Escrivá de Balaguer –**viejo como el Evangelio y como el Evangelio nuevo**, decía– nos ha dejado por herencia es que la santidad no se reserva a los privilegiados, y que todos los caminos de la tierra pueden ser divinos, porque el eje de la espiritualidad específica del Opus Dei es la santificación del trabajo ordinario.

Esta llamada ha sido comprendida y puesta en práctica con una sorprendente unidad de espíritu, tanto por campesinas peruanas como por ingenieros japoneses, médicos españoles o estudiantes belgas o nigerianos. Para todos, una hora de trabajo o de estudio puede convertirse en una hora de oración si el fin es servir y dar gloria a Dios.

En este período crítico que atravesamos es estimulante constatar el crecimiento de las vocaciones al Opus Dei entre gentes de toda edad, particularmente jóvenes. En la Obra se respira santidad y no sabe nada de crisis. El aumento de socios laicos ha posibilitado el aumento de sacerdotes formados en sus filas: en pocas semanas, 54 socios –entre ellos un belga– recibirán el sacramento del Orden. Estos universitarios –frecuentemente con una larga experiencia profesional– abandonan la medicina, el derecho o la sociología para convertirse en sacerdotes cien por cien, para no hablar más que de Dios.

Todo esto no puede explicarse sin una intensa vida de piedad y apostolado, que es el verdadero «secreto» del éxito del Opus Dei, como recordaba frecuentemente su Fundador.

Es imposible agotar la riqueza de la contribución de Monseñor Escrivá a la Iglesia. Escuelas, universidades, centros para obreros o campesinos, obras de asistencia social de todo tipo han nacido en todas partes gracias a su empuje. Pero la «revalorización» del papel del laico dándole la autonomía y la responsabilidad que tiene por el hecho de estar bautizado, merecería un capítulo aparte. Señalemos que esta tarea del laico en la Iglesia ha sido solemnemente declarada por el Concilio Vaticano II que ha reconocido también otro rasgo del espíritu del Fundador: el ecumenismo. El Opus Dei, en efecto, es la primera asociación de la Iglesia que obtuvo de la Santa Sede –en 1950– la autorización para admitir cooperadores a no católicos e incluso a no cristianos.

Una de las cosas que más me han emociado al conversar con Monseñor Escrivá de Balaguer, aparte de su calor humano, de su entusiasmo y su sentido sobrenatural, es su amor por la libertad, palabra que nunca pronunciaba sin añadir otra: responsabilidad. Sin libertad –repetía– no se puede amar a Dios. Esta libertad se vive en la Obra en todos los campos –económico, político, social,

científico, artístico, etc.- en la medida en que Dios las ha dejado a la libre discusión de los hombres.

El Opus Dei -decía- no está vinculado a ningún país, a ningún régimen, a ninguna tendencia política, a ninguna ideología. Si esto no fuera así, sería muy difícil explicar su atractivo para personas de cultura, raza y mentalidad diferentes.

En todas las circunstancias, en todo lo que hizo, buscaba servir a la Iglesia y servir a los hombres, sin servirse de la Iglesia. Entre la abundante doctrina escrita que nos ha legado, figura un clásico de la literatura espiritual. **Camino** (acaba de aparecer, editada por Fayard, su última edición francesa) que ha sobrepasado los 2.500.000 ejemplares en 23 lenguas. A la catequesis de su pluma hay que añadir la de su palabra, que ha prodigado con miles de personas en los largos viajes apostólicos que ha emprendido, sobre todo recientemente, en diversos países de América y de Europa.

MIS IMPRESIONES SOBRE SU PERSONALIDAD Y SU OBRA A TRAVÉS DE VARIOS ENCUENTROS

MONS. JOHANNES
POHLSCHNEIDER
Obispo de Aquisgrán.
*Organo Oficial del
Obispado. 13.7.1975*

Quando el 27 de junio me llegó la noticia telefónica del inesperado óbito del Fundador y Presidente General del Opus Dei, me sentí hondamente afectado y conmovido. Me daba la impresión como si de repente se hubiera apagado un astro muy brillante en el firmamento de la Iglesia. En el transcurso de los últimos 20 años y a través de múltiples encuentros, recibí, de esta excepcional personalidad sacerdotal y de su obra, unas impresiones que jamás podré olvidar. Cada vez que coincidí con él -durante el Concilio Vaticano II, p. e., o el mismo año pasado- me pareció, realmente, un hombre excepcional, de gran talento espiritual. Pero los impulsos que desde su corazón emanaban hacia los que le rodeaban eran todavía de mayor fuerza que su inteligencia. Sin proponérmelo, automáticamente, pienso en lo que la Iglesia dice en el introito de la misa de San Juan Bosco, el gran padre espiritual de los jóvenes: «Dios le dio sabiduría y entendimiento en abundancia y una amplitud de corazón igual a la orilla del mar». Esta **latitudo cordis** en la cual caben todos y todo, pero especialmente el amor a Dios y al prójimo, fue la característica de este sacerdote. Amaba, en el real sentido de la palabra, a los hombres y se preocupaba por ellos. Si hablaba de la preocupación apostólica por la salvación de los hombres, daba la impresión de que, no sólo le temblaba el corazón, sino que todo su cuerpo se agitaba. Su celo por las almas no conocía fronteras. No se detenía ni ante pueblos, ni países, ni continentes. Le preocupaba el bienestar de la persona en su totalidad, también en el aspecto temporal, pero especialmente en el de su bien eterno. Al fin y al cabo, todo su pensamiento anclaba en lo sobrenatural. Para él, su fe católica fue la fuente inagotable de la fuerza; es decir: la fe en la divina revelación tal como Cristo nos la ofreció y la Iglesia la cuida y transmite. En ese punto no conocía ni concesiones ni compromisos al espíritu cambiante del tiempo. A sus ojos, los imprescindibles supuestos para toda obra sacerdotal fructífera eran, sobre todo, la fidelidad al Papa y a los obispos.

El Opus Dei es un asombroso fenómeno de nuestro tiempo. A pesar de que no comenzó hasta el año 1928, cuenta actualmente ya con alrededor de 60.000 socios en 80 países del mundo. Se trata de hombres y mujeres de las más diversas capas sociales y profesiones. Tuve múltiples ocasiones de observar desde primera fila su vida y su forma de obrar y no solamente en Alemania, sino también en otros países, como son España, sobre todo, Italia y también Kenya y Nigeria, en Africa, etc. En todas partes vi su admirable, inteligente y desinteresado arrojo hacia la construcción del reino de Dios, su amor a la Iglesia y su piadosa vida de oración. A menudo me parecía notar como si el espíritu del Fundador se hallara presente en todas partes. Tengo el firme convencimiento de que Monseñor Escrivá de Balaguer fue la herramienta escogida por Dios. Y el Opus Dei es una obra realmente providencial que ha de colaborar decisivamente a conducir a la Iglesia desde un tiempo de grandes confusiones espirituales hacia las orillas de un futuro mejor. Monseñor Escrivá de Balaguer ha muerto. Los 60.000 socios del Opus Dei están afligidos por su Padre que se fue. Pero más allá de su muerte, le guardarán fidelidad interior, porque saben lo que han de agradecerle. Como dijo en cierta ocasión Lacordaire, también ellos pueden decir: «La mayor dicha del hombre aquí en la Tierra, es la de haberse encontrado alguna vez en la vida con un hombre verdadero según el corazón de Dios; eso es, con un auténtico sacerdote».

El Opus Dei tiene sólidas estructuras tal como su Fundador las concibió, en su calidad de inteligente jurista. Pero las estructuras solas nunca pueden garantizar las existencias de los hombres. Es el espíritu el que da vida. Tenemos la confianza de que el espíritu del Fundador nunca perecerá en su Obra. El espíritu del Fundador es, sobre todo, el espíritu del amor, del amor a Dios y a los hombres. Como el apóstol Pablo dijo: **Caritas Christi urget nos y Ay de mí, si no anunciara el Evangelio.**

**RESPONSO PERSONAL
DE GOZO Y DE
ESPERANZA POR DON
JOSEMARIA ESCRIVA**

MANUEL AZNAR

*La Vanguardia Española.
Barcelona. 6.7.1975*

No recuerdo a nadie que, con tanta espontaneidad, con naturalidad tan admirable, uniera en un solo haz lo natural y lo sobrenatural; Dios y el hombre; el hombre y Dios. Esa difícilísima empresa de tener presentes las inspiraciones sobrenaturales en medio de las más menguadas trivialidades de la humana existencia, se cumplía en el Fundador del Opus Dei sin la menor apariencia de esfuerzo, sin rechinamientos a la hora de ajustar las inquietudes del más allá con las realidades del más acá. Ignoro cuáles fueron los caminos que le llevaron a una tan perfecta unión de los dos mundos. Entiendo que para él no había tales «dos mundos», sino uno solo. A mí me recordaba influencias teresianas en el servicio de Dios, con la particularidad de que al padre Escrivá le gustaba llevar su ensueño religioso a «la hermosa mitad de la calle», según palabras suyas.

**LOS CAMINOS
DIVINOS
DE LA TIERRA**

JUAN BAUTISTA
TORELLO

*Die Furche. Viena.
12.8.1975*

Nadie podía sustraerse a la simpatía, al calor humano, a la cordialidad, al don de lenguas y al contagioso buen humor de Mons. Escrivá de Balaguer, pero no era necesario ser ningún zahorí de corazones para adivinar la escondida fuente espiritual que alimentaba su radiante humanidad: era el fervoroso amor a Jesucristo propio de todos los verdaderos santos. Como ellos, también tuvo que sufrir mucho y no tanto por parte de los enemigos de la Iglesia como de los zelotes extraviados, los rígidos doctores de la ley, los astutos católicos politiqueros, los burócratas miopes o los clérigos envidiosos, insensibles a la Obra del Espíritu Santo, y que en todos los tiempos crucifican a los santos de Dios. Pero él poseía el temple de los que saben lo que Dios les pide y, al mismo tiempo, la humildad del instrumento sencillo: sabía callar, esperar pacientemente, y renunciar a todo reconocimiento personal. Así desde hace 30 años, trabajó incansablemente en la romana sede central del Opus Dei casi sepultado vivo, para sus hijas e hijos que, según su espíritu —dispersos por doquier— se afanaban por sembrar paz y alegría, se multiplican sin cesar y le amaban tierna y filialmente. «Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere...».

**MONS. ESCRIVA
DE BALAGUER:
LOS CAMINOS
DIVINOS
DE LA TIERRA**

CARD. SERGIO
PIGNEDOLI

Presidente del
Secretariado para los
no cristianos.

Il Veltro. n.º 3 (1975) Milán.

28 de Marzo de 1.975: miles y miles de personas de todo el mundo, de todas las edades, razas y condiciones sociales, se unían con amor filial a Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer para celebrar su jubileo sacerdotal: cincuenta años de sacerdocio de un alma profundamente sacerdotal, cincuenta años de trabajo incesante, de siembra incansable y de impresionante fecundidad. Sólo Dios sabía entonces que aquella fecha sería la última conmemoración —en vida— de la ordenación del Fundador del Opus Dei. Pocas semanas después, el 26 de Junio pasado, su corazón apasionadamente enamorado de Dios, de la Iglesia, del Papa y de las almas, dejaba de latir. La misericordia del Señor llamaba a su siervo a la morada de su paz.

Por una singular providencia, el pasado 28 de Marzo coincidía con el Viernes Santo, día en el que Jesucristo consumó su sacrificio sobre el Calvario. Feliz coincidencia, que hacía resaltar el sentido del sacerdocio, sacramento querido por Cristo para aplicar los frutos de la Redención. Una coincidencia que favoreció el deseo del Fundador del Opus Dei: «Deseo pasar este jubileo de acuerdo con la norma ordinaria de mi conducta de siempre: ocultarme y desaparecer es lo mío, que sólo Jesús se luzca».

Reflexionando sobre estas y tantas otras espléndidas realidades de la vida santa y fecunda de este sacerdote que no quería que se hablase de él, que no quería hacer «ruido», pienso que es bastante difícil compendiar en una breve semblanza biográfica —aunque es seguro que se escribirán muchas— la inmensa riqueza de su personalidad humana y sobrenatural. Por eso ruego que se me disculpe —no solamente a sus hijos del Opus Dei, sino a todos, porque Mons. Escrivá de Balaguer pertenece ya a la historia y al tesoro de toda la Iglesia— si intento esbozar aquí unas breves notas sobre algunos aspectos de sus enseñanzas, a modo de modesto recuerdo de un gran servidor de la Iglesia.

Mons. Escrivá de Balaguer nació en Barbastro (España), en 1902. Al mismo tiempo que terminaba la carrera de Derecho, hizo los estudios sacerdotales y recibió la ordenación el 28 de marzo de 1925. Comenzó su ministerio en parroquias rurales y en los barrios pobres de Madrid. El 2 de octubre de 1928, fiesta de los Santos Angeles Custodios, vio por vez primera lo que el Señor le inspiraba desde hacía tiempo, y nació el Opus Dei. Nació —como él decía— sin ningún medio humano: aquel sacerdote sólo tenía gracia de Dios, juventud y buen humor. Desde aquel 2 de octubre, la vida de Mons. Escrivá de Balaguer se identifica plenamente con la vida del Opus Dei, hasta el punto de que es difícil referirse al Fundador (que por lo demás detestaba cualquier intento apologético o encomiástico) sin hablar de esta Asociación. Fueron años de trabajo fecundo y de dedicación alegre, no exentos de sufrimiento, de incompresión, de calumnias, de dificultades de todo tipo, de todas aquellas *pruebas* —y no es la más pequeña la «contradicción de los buenos», como él pacientemente llamaba la de aquellos que así creían «rendir obsequio a Dios» (Io. 16,2)— con las que el Señor quiere

sellar sus obras. La Obra, muy unida a su Fundador, se extendía rápidamente, con la gracia de Dios, por muchos países de varios continentes. La Santa Sede la reconocía oficialmente: «el Opus Dei como verdadera obra de Dios, superadas no pocas ni pequeñas contradicciones, también de parte de los buenos, creció y se consolidó». Aun entre dificultades y oposiciones increíbles, no desapareció nunca el buen humor cautivador y contagioso de Mons. Escrivá de Balaguer. En la raíz de tanta serenidad estaba este profundo sentido de la filiación divina que es el fundamento del espíritu del Opus Dei: «Tú has hecho, Señor, que yo entendiera que tener la Cruz es encontrar la felicidad, la alegría y la razón —lo veo con más claridad que nunca— es ésta: tener la Cruz es identificarse con Cristo, es ser Cristo, y, por eso, ser hijo de Dios».

«La alegría —solía decir— tiene sus raíces en forma de cruz». Para él, las dificultades, los sufrimientos y las mismas lágrimas eran la amable Cruz de Cristo, que hay que llevar con garbo; eran señales de la paterna predilección de Dios, ocasión de diálogo con la Trinidad Beatísima, encuentro vivo con Jesús paciente, «visitas» que dejan siempre algo Suyo, algo divino. De este modo el dolor no turbaba la profundidad de su paz y se resolvía en alegría, mientras sus labios pronunciaban aquél *omnia in bonum* propuesto también muchas veces a los que le seguían o se le acercaban cargados con el peso de sus aflicciones: «Todo coopera al bien de los que aman a Dios» (Rom, 8.28).

La vida del Fundador del Opus Dei expresaba plenamente ese estilo: rezar, amar, trabajar, sonreír. Era una vida sencilla y normal, más parecida a los años ocultos de Jesús en Nazaret, junto a María y José —la trinidad de la tierra, como le gustaba decir, haciéndose eco de antiguas y piadosas tradiciones—, que a los tres años de vida pública. Pero era una vida de trabajo incesante, espejo ejemplar de esa espiritualidad del trabajo de la que fue infatigable maestro y apóstol.

Faciem tuam, Domine, quaero (Ps. 26,8), Señor, deseo ver tu Rostro. Ese era ya el suspiro de un alma tan afinada por la intimidad divina, por la «esclavitud del amor», por el humilde servicio de muchos años. Por eso podemos estar seguros de que había alcanzado la identificación con Cristo que él ponía como meta a sus hijos. Este deseo habrá sido ya satisfecho. Cristo, a quien tanto amó y deseó, habrá acogido a su siervo en la eterna contemplación de su Rostro.

Su tránsito a la vida eterna ha exigido de sus hijos del Opus Dei y de todos nosotros, sus amigos, el grave sacrificio de la separación durante este tiempo terreno de espera. Y siguen actuales las palabras de San Jerónimo, en la muerte de una persona amadísima: «No nos entristezcamos por haberla perdido, sino demos gracias a Dios de haberla tenido: de tenerla todavía, porque en Dios todas las cosas viven y quien vuelve al Señor vuelve a formar parte de la familia».